

Selección de pasajes de Santo Tomás de Aquino, *Suma contra gentiles*.

CAPÍTULO LV

Las substancias intelectuales son incorruptibles

De lo dicho se infiere claramente que toda substancia intelectual es incorruptible.

Toda corrupción es por separarse la forma de la materia; corrupción “simple”, por separación de la forma substanciada, y corrupción parcial, por separación de la forma accidental. Porque, mientras permanece la forma, permanece también la cosa, ya que por la forma hácese la substancia recipiente propio del ser. Pero donde no hay composición de forma y materia no puede haber separación de ambas, como tampoco corrupción. Como ya se demostró (capítulo 50) que ninguna substancia intelectual está compuesta de materia y forma, luego ninguna substancia intelectual es corruptible.

Lo que pertenece por sí a un ser, siempre, necesaria e inseparablemente, estará unido a él; por ejemplo, la redondez está en el círculo esencialmente y en la campana accidentalmente; por eso es posible que la campana deje de ser redonda, pero que el círculo no sea redondo es imposible. Mas ser “por sí” se deriva de la forma, porque “por sí” entendemos lo que es el ser “en cuanto tal”; y cada cual según tiene la forma tiene el ser. Luego las substancias que no son simples formas pueden ser privadas del ser en cuanto pierden la forma; así como la campana pierde la rotundidad al dejar de ser redonda. Sin embargo, las substancias que son simples formas nunca pueden ser privadas del ser, del mismo modo que, si una substancia fuera círculo, jamás dejaría de ser redonda. Quedó ya demostrado (c. 51) que las substancias intelectuales son simples formas subsistentes. Luego es imposible que dejen de ser. Por tanto, son incorruptibles.

CAPÍTULO LVII

Opinión de Platón sobre la unión del alma intelectual con el cuerpo

Movidos por estas y otras razones semejantes, dijeron algunos que ninguna substancia intelectual puede ser forma del cuerpo. Pero como a semejante opinión parecía contradecir la naturaleza del hombre, el cual parece estar compuesto de alma intelectual y cuerpo, excogitaron otros caminos para poner a salvo la naturaleza humana.

Así, Platón, con sus discípulos, supuso que el alma intelectual no se une al cuerpo como la forma a la materia, sino como el motor al móvil, diciendo que el alma está en el cuerpo “como el nauta en la nave”. Y de este modo, la unión del alma con el cuerpo no sería sino por contacto virtual, del cual hablamos anteriormente (c. 56).

Sin embargo, esto no parece conforme, pues mediante dicho contacto no se hace una unidad total, como se demostró (c. 56). Y como de la unión del alma y del cuerpo resulta el hombre, seguiríase que el hombre no sería uno totalmente, y, por consiguiente, tampoco un ser substancial, sino un ser accidental.

Mas para evitar esto dijo Platón que el hombre no es un compuesto de alma y de cuerpo, sino que “la misma alma usando del cuerpo” hace al hombre: como Pedro no es un compuesto de hombre y de vestido, sino “un hombre que usa del vestido”.

Pero se demuestra que esto es imposible: el animal y el hombre son cosas sensibles y naturales. Y esto no sería tal si el cuerpo y sus partes no fuesen de la esencia del hombre y del animal, en vez de que la esencia de ambos fuese sólo el alma, según la citada opinión (c. 56), pues el alma no es cosa sensible ni material. Luego es imposible que el hombre y el animal sean “un alma usando del cuerpo” y no un compuesto de alma y cuerpo.

CAPÍTULO LXVIII

De qué modo la substancia intelectual puede ser forma del cuerpo

Por las razones expuestas podemos concluir que la substancia intelectual puede unirse al cuerpo como forma.

Para que una cosa sea forma substancial de otra se requieren dos condiciones. De las cuales la primera es que la forma sea principio substancial de la existencia de aquello que informa; y digo principio, no efectivo, sino formal, por el que una cosa existe y se denomina “ser”. De esto se deduce la segunda condición, a saber, que la forma y la materia convenga en un solo ser; cosa que no sucede con el principio efectivo y lo que de él recibe el ser. Y tal es el ser con que subsiste la substancia compuesta, que, constando de materia y forma, es una, no obstante, en cuanto al ser. Sin embargo, el que la substancia intelectual sea subsistente no le impide ser principio formal de la existencia de la materia, en cuanto comunica su ser a la materia. Porque no hay inconveniente para que el ser por el cual subsiste

el compuesto sea el ser de la misma forma, pues el compuesto existe por la forma, y separados no pueden subsistir.

Y esto nos mueve a considerar la admirable concatenación de las cosas. Siempre está unido lo ínfimo del género supremo con lo supremo del género inferior. Así, algunas especies inferiores del género animal exceden en muy poco la vida de las plantas, por ejemplo, las ostras, que son inmóviles y sólo tienen tacto y a modo de plantas se agarran a la tierra. Por lo cual dice Dionisio que "la sabiduría divina unió los fines de las cosas superiores con los principios de las inferiores". Lo cual da lugar a considerar lo supremo del género corpóreo, es decir, el cuerpo humano, armónicamente complexionado, el cual llega hasta lo ínfimo del género superior, o sea, el alma humana, que ocupa el último grado del género de las substancias intelectuales, como se ve por su manera de entender. Por eso se dice que el alma humana es como "horizonte" y "confín" entre lo corpóreo e incorpóreo, porque, aunque es substancia incorpórea, es, sin embargo, forma del cuerpo. Y no es menor la unidad resultante de la substancia intelectual y de la materia corporal que la unidad de la forma del fuego con su materia, sino mayor, porque cuanto más avasalla la forma a la materia, mayor unidad resulta de ambas.

Mas, aunque el ser de la forma y de la materia sea uno, no es necesario, sin embargo, que la materia se adecue siempre al ser de la forma. Antes bien, cuanto más noble es la forma tanto más sobrepasa en su ser a la materia. Como puede verse fijándose en las operaciones de las formas, por cuya consideración conocemos las naturalezas de las mismas, porque cada cual obra en conformidad con su ser. Luego la forma, cuya operación supera la condición de la materia, superará también por la dignidad de su propio ser a la materia.

Encontramos, en efecto, ciertas formas ínfimas incapaces de realizar otra operación que aquella que las cualidades dispositivas de la materia alcanzan, como lo cálido, lo frío, lo húmedo y lo seco, lo raro, lo denso, lo pesado y leve y otros parecidos, como las formas de los elementos. Luego estas formas son totalmente materiales y totalmente inmersas en la materia.

Y sobre éstas hay algunas formas cuyas operaciones se extienden a ciertos efectos que exceden el poder de dichas cualidades, sirviéndoles, sin embargo, éstas orgánicamente para sus operaciones. Tales son las almas de las plantas, las cuales se asemejan en poder no sólo a los cuerpos celestes, rebasando las cualidades activas y pasivas, sino también a los motores de

éstos, en cuanto son principio de movimiento para los seres vivientes que se mueven a sí mismos.

Sobre estas formas encuéntrase otras semejantes a las substancias superiores no sólo en moverse, sino también, de algún modo, en el conocer; y, aunque son capaces para las operaciones que ni orgánicamente pueden realizar las predichas cualidades, precisan, no obstante, de un órgano corpóreo para ejecutarlas. Tales son las almas de los animales brutos. Porque sentir e imaginar no se realizan calentando o refrigerando, aunque ambas cosas sean necesarias para la buena disposición del órgano.

Y sobre todas estas formas hay una semejante a las substancias superiores incluso en cuanto al género de conocimiento, que es el entender; y, en consecuencia, es capaz de la operación que se realiza plenamente sin órgano corpóreo. Esta es el alma intelectual, porque el entender no se ejecuta con órgano corporal. Por eso es necesario que aquel principio por el que el hombre entiende, que es el alma intelectual y excede la condición de la materia corporal, no esté totalmente sujeto a la materia ni inmerso en ella, como las otras formas materiales. Lo que manifiesta su operación intelectual, para la cual no comunica con la materia corporal. Sin embargo, como el entender del alma humana precisa de potencias que obran mediante órganos corpóreos, es decir, de la imaginación y del sentido, por esto mismo se comprende que naturalmente se une al cuerpo para completar la especie humana.

CAPÍTULO LXIX

Porque el cuerpo y el alma no son dos substancias actualmente existentes, sino que de ellas hácese una substancia actualmente existente; pues el cuerpo del hombre no es actualmente el mismo cuando el alma está presente que cuando está ausente, pues quien le da el ser actual es el alma.

CAPÍTULO LXXIX

El alma humana no se corrompe al corromperse el cuerpo

Partiendo de lo dicho, puede de mostrarse claramente que el alma humana no se corrompe al corromperse el cuerpo.

Se probó anteriormente (c. 55) que toda substancia intelectual es incorruptible. El alma humana es una substancia intelectual, como se dijo (c. 56 ss.). Luego el alma humana debe ser incorruptible.

Ninguna cosa se corrompe por lo que constituye su perfección, porque los tránsitos a la perfección y a la corrupción son contrarios entre sí. La perfección del alma humana consiste precisamente en cierta abstracción del cuerpo. Pues el alma se perfecciona con la ciencia y la virtud. Según la ciencia, tanto más se perfecciona cuanto mas inmateriales son las cosas que considera. Según la virtud, la perfección del hombre consiste en no seguir las pasiones del cuerpo y en templarlas y dominarlas en conformidad con la razón. Luego la corrupción del alma no consiste en su separación del cuerpo.

Pero si se dijera que la perfección del alma consiste en su separación del cuerpo en cuanto al obrar, y la corrupción en su separación en cuanto al ser, no se objeta debidamente. Porque la operación demuestra la substancia y el ser de quien obra, pues cada cual obra en cuanto es ser, y la operación propia de una cosa es secuela de su propia naturaleza. Luego no se perfecciona la operación de una cosa sin perfeccionarse al mismo tiempo su substancia. Luego si el alma se perfecciona, en cuanto al obrar, abandonando al cuerpo, su incorpórea substancia no dejará de ser porque se separe del cuerpo.

El perfectivo propio del hombre, en cuanto al alma, es algo incorruptible. Pues la operación propia del hombre, en cuanto hombre, es el entender, y por ella se diferencia de los brutos, de las plantas y de los seres inanimados. El entender versa precisamente sobre lo universal y lo incorruptible, en cuanto tales, y las perfecciones deben estar proporcionadas a sus perfectibles. Luego el alma humana es incorruptible.